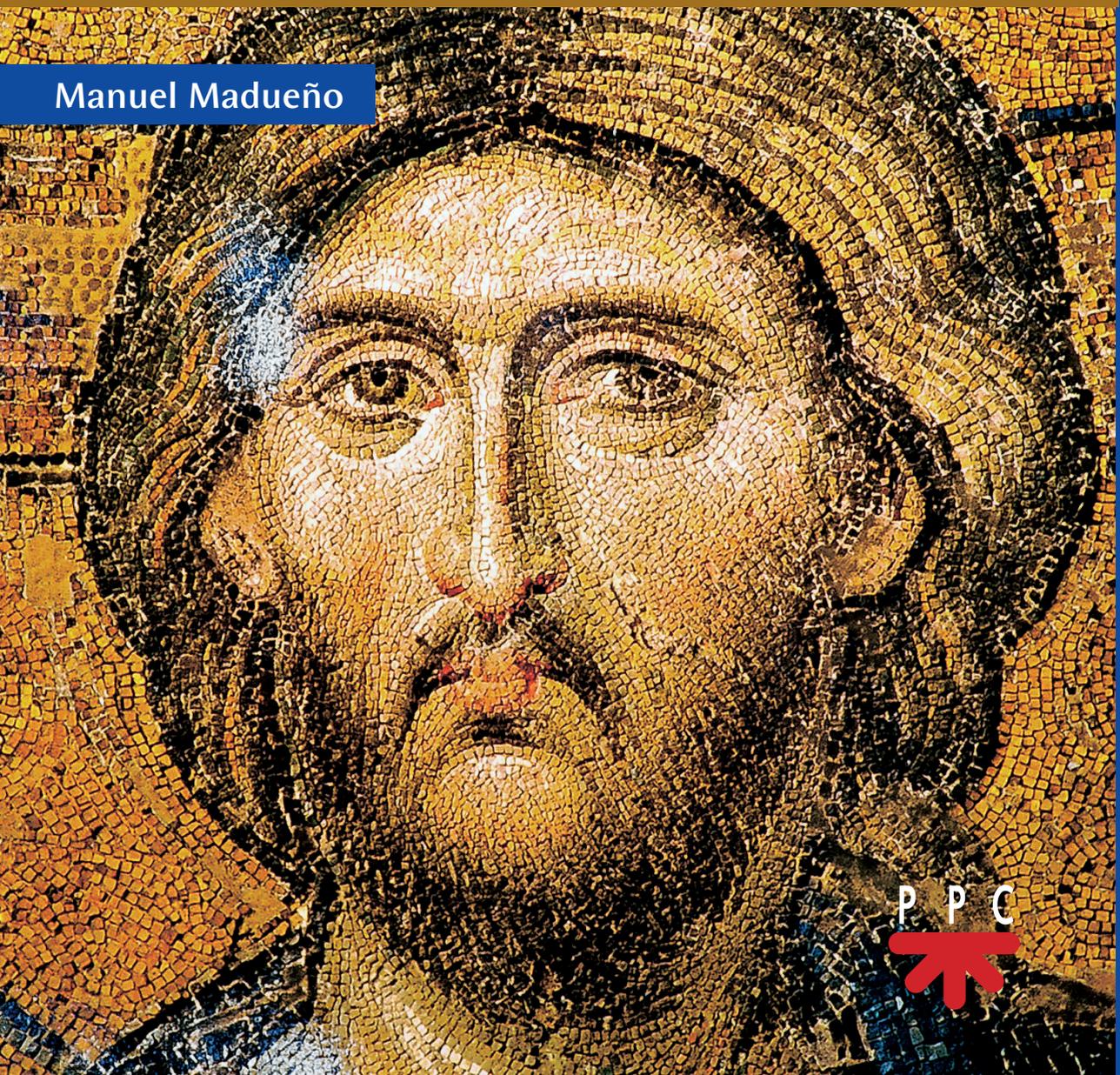


Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?

Las preguntas de Jesús: un desafío actual

Manuel Madueño



P P C
✿

PREFACIO

Siempre me interesaron las preguntas de Jesús: algunas, por su oportunidad o su profundidad; otras, por su delicadeza y su sentido pedagógico, por su ironía o realismo, por su audacia o su sentido crítico... Las leía y releía y procuraba entenderlas, valorarlas y, en la medida de lo posible, aplicarlas a mi vida, dejar que me cuestionaran.

Pero, en esta última época, ese interés se acrecentó mucho. Empecé a descubrir más y más preguntas salidas de la boca de Jesús; empecé a darme cuenta mejor de a quiénes iban dirigidas y la oportunidad e intención de las mismas; comencé a descubrir “qué Jesús se mostraba en ellas”, cuáles eran sus actitudes profundas y los grandes temas que le movilizaban.

Y me puse a trabajar, lenta y exhaustivamente. Comencé a anotar todas las preguntas de Jesús en los evangelios y sus paralelos y correspondencias; a descubrir las preguntas exclusivas de Mateo, Marcos, Lucas y Juan; a contarlas y clasificarlas por temas y destinatarios; a descubrir los temas coincidentes y los específicos... Reconozco que ha sido un trabajo arduo, pero creo que ha valido la pena.

Ese trabajo analítico tenía una finalidad muy precisa: “conocer más a Jesús a través de sus preguntas”, descubrir su manera de enfrentar los diálogos, profundizar en su pedagogía, asomarnos a los grandes temas que quería instalar en el corazón de sus discípulos y sus interlocutores. A ello dedicaremos la mayor parte de este libro. Y esa es la clave para leer y aprovechar este libro: “darnos cuenta de que las preguntas de Jesús siempre nos movilizan, nos desafían, nos interrogan, nos invitan a dar una respuesta”. Que no podemos permanecer indiferentes frente a ellas.

Por otra parte, analizar y estudiar las preguntas de Jesús que nos transmiten los evangelios me obligó a plantearme mis propias preguntas, “nuestras propias preguntas”. Porque ellas nos hablan mucho de nosotros mismos, nos ayudan a conocernos y a descubrir nuestras búsquedas e inquietudes, nuestros problemas profundos y nuestras actitudes con los demás. Por eso, antes de estudiar a fondo las preguntas de Jesús, dedicaremos unas páginas a hablar de nuestras preguntas, a preguntarnos qué preguntamos, a quiénes preguntamos, por qué preguntamos.

Y este es el sentido de este libro: compartir con vos, lector o lectora, con ustedes amigos, algo de esta búsqueda y esta investigación. Porque me parece una búsqueda interesante y muy enriquecedora “acercarnos a la apasionante persona de Jesús desde la perspectiva de sus preguntas”; tratar de comprender qué dicen las preguntas de Jesús

sobre él mismo y sus actitudes; descubrirlo más y mejor analizando a quiénes preguntaba y qué preguntaba; conocerlo mejor para amarlo más y seguirlo con más fidelidad.

**Comunidad Virgen Misionera
General Roca
Enero-junio de 2018**

INTRODUCCIÓN

Lector amigo, lectora amiga: ya conoces el sentido y la finalidad de este libro. Hablemos ahora, antes de comenzar su lectura, de qué vas a encontrar en él, de cómo utilizarlo, de qué temas abordaremos y con qué enfoque, de cuáles son sus límites y sus posibilidades.

En primer lugar, quiero dejar en claro que no se trata de un libro de teología bíblica. Ya existen excelentes estudios sobre el Jesús histórico, rigurosos y bien documentados. Tampoco es un tratado sistemático de espiritualidad. Mi pretensión es más sencilla: “acercarme a la persona de Jesús desde la perspectiva que ofrecen sus preguntas”. Descubrir mejor cuáles eran sus inquietudes y preocupaciones; qué se esconde detrás de sus preguntas; cómo miraba a los demás y qué pretendía sembrar en el corazón de sus oyentes; cómo encaró sus enfrentamientos con las autoridades religiosas judías y cuál fue su pedagogía con sus discípulos.

En cada una de estas perspectivas vamos a encontrar datos para ir armando un bosquejo más completo de la apasionante personalidad de Jesús, de sus actitudes y valores más profundos, de las cosas que le enternecían y las que le indignaban. Y, poco a poco, iremos armando un retrato del Señor, en un esfuerzo concéntrico de reflexiones sencillas que se irán complementando y profundizando. Siempre con el objetivo y el deseo que este conocimiento más profundo del Señor “renueve nuestro apasionamiento por Él y nuestro compromiso para seguirlo cada día mejor”.

Pero, antes de ello, te invito a una reflexión sobre las preguntas en nuestra vida (capítulo 1). Preguntamos. Y preguntamos mucho. Y me parece que nuestras preguntas revelan aspectos interesantes de nuestra persona y nuestras preocupaciones. Quizás esas páginas te digan algo.

En el capítulo 2 vas a encontrar una enumeración sistemática de todas las preguntas de Jesús en los evangelios con sus paralelos. Ordenadas desde el Evangelio de Mateo, pero también las preguntas exclusivas que cada comunidad conservó en su memoria de las palabras de Jesús.

En la segunda parte del libro (capítulos 3 al 7) abordaremos una reflexión más variada sobre las preguntas de Jesús: sus destinatarios e interlocutores, los temas principales, los rasgos de la personalidad de Jesús que revelan sus preguntas, etc. Analizaremos algunas preguntas más significativas de Jesús.

Y, por último, intentaremos una reflexión más profunda sobre los temas de fondo de las preguntas de Jesús: el sentido de la Encarnación que indican, la pedagogía que revelan y

el sentido dialogal de la fe que demuestran. Para aplicar todo ello a nuestra vida preguntándonos qué preguntas nos dirige Jesús hoy a nosotros (capítulo 8).

Este no es un libro que haya que leer seguido necesariamente. Tiene un esquema y un desarrollo lógicos, pero cada uno de sus capítulos y apartados tienen unidad y consistencia propias. Puedes leer el libro como un texto seguido o puedes dejarte guiar por el índice e ir buscando los temas que más te interesen.

Un consejo y un deseo final: “déjate interrogar por las preguntas de Jesús, deja que te movilicen y desafíen; que te hagan pensar y te lleven a un seguimiento más fiel del Señor”.

En cierto modo, volvemos al principio.
Ante nosotros se presenta de nuevo la figura de Jesús.
Igual que entonces,
aparece como radicalmente humano,
como “uno de tantos” (Flp 2,7),
sumergido en el estilo de vida,
los problemas y las aspiraciones,
las angustias y las esperanzas de su tiempo.
Y, también igual que entonces,
sigue intrigándonos por su diferencia:
igual, pero distinto;
radical, pero no violento;
revolucionario, pero amoroso y no vengativo;
no sacral, pero en intimidad abismal con Dios...
De su tiempo, como tantos líderes de entonces,
pero cambiando el mundo para siempre;
muerto, pero experimentado como vivo;
derrotado por la historia, pero proclamado como Hijo de Dios,
con una fuerza y una convicción nunca antes igualada.
Verdaderamente, su pregunta resuena de nuevo
para nuestro tiempo y para cada uno de nosotros:
“¿Quién dice la gente que soy yo?” (Mc 8,29).

ANDRÉS TORRES QUEIRUGA, *Confesar hoy a Jesús como el Cristo*

1

LAS PREGUNTAS EN NUESTRA VIDA

Somos seres que preguntan

Una observación atenta de nuestras conversaciones habituales llegaría a la siguiente constatación: vivimos preguntando. Somos “seres que preguntan”. Seres que interrogan y se interrogan. Seres que buscan preguntando. Que se informan preguntando. Que aprenden preguntando. Que descubren la realidad preguntando. Que agreden preguntando. Que dudan preguntando. Que lloran preguntando. Que se definen preguntando.

Me parece interesante dedicar unas páginas a dialogar sobre esta característica de nuestra existencia y nuestra condición humana. Y, quizá, el primer acercamiento pueda ser hacer una investigación sobre nuestras propias preguntas: las habituales y las más excepcionales; las que hacemos a los demás y las que nos hacemos a nosotros mismos; las que leemos en medios de comunicación o en las propagandas comerciales y las que escuchamos de personas respetables o con autoridad para nosotros; las preguntas sin respuesta y las preguntas que nos movilizan y nos cuestionan hondamente.

¿Lo intentamos? Vamos a dar algunos ejemplos de preguntas, dividiéndolas por niveles según su grado de profundidad.

Nivel uno:

- ¿Dónde era la reunión de hoy y a qué hora?
- ¿Alguien vio mis llaves? No sé dónde las puse...
- Mamá: ¿qué hay de comer?
- Chicos, ¿pueden bajar el volumen de la música?
- Tenés mala cara: ¿te sentís bien?
- ¿A qué hora dan el partido por TV?
- ¿Cómo era el nombre de tu amigo, el plomero?
- ¿Cuánto te costó el kilo de tomates?
- ¿Hiciste ya las tareas de la escuela?
- ¿No es así...?

Nivel dos:

- Te estuve esperando. ¿Por qué no me llamaste?
- ¿Hace cuánto tiempo que no charlamos?
- ¿No tenías que hacerte un chequeo médico?
- Te noto raro/rara: ¿te pasa algo conmigo?
- ¿No me vas a comentar lo que te dijo el médico?
- ¿Estás seguro de que querés cambiar de trabajo?
- Cada vez tosés más. ¿Cuándo vas a dejar de fumar?
- ¿De qué estuvieron hablando anoche? No pude ir, pero me interesa mucho.
- ¿De verdad te creés todo lo que dicen los medios sobre el país?
- ¿Cómo podés seguir confiando en...? ¿No te das cuenta de que está manipulándote?

Nivel tres:

- Nos peleamos cada vez más: ¿tiene sentido mantener nuestro matrimonio?
- ¿No te das cuenta de lo mal que tratás a los chicos? ¿Por qué sos tan agresivo?
- ¿Por qué no puedo perdonar y siempre busco revancha?
- Dios mío: ¿por qué me haces esto?
- ¿Por qué no puedo controlar mi mal carácter?
- Ya no creo en nada. ¿Tiene sentido seguir llamándome católico?
- ¿Por qué no puedo ser feliz con todo lo que tengo?
- Contestame la verdad: ¿estás saliendo con otra persona?
- ¿Tiene sentido vivir así...?
- Tenés claro cuál es tu problema: ¿vas a enfrentarlo en serio alguna vez?

Y así podríamos seguir recordando y enumerando nuestras preguntas. ¿Nos sentimos identificados con las preguntas anteriores? ¿Las usamos, las hemos empleado alguna vez? ¿Qué dicen de nosotros?

Miremos el tema desde otro enfoque. Preguntémonos qué tipos de preguntas conocemos, más allá de las mencionadas más arriba, para detectar hasta qué punto nuestro lenguaje y nuestra cultura están atravesados por las preguntas. Según el tono en el que son formuladas o su contenido, encontramos preguntas informativas, curiosas, escépticas, irónicas, capciosas...

Por ejemplo, hay preguntas periodísticas ante un suceso, conocidas por “las seis w”: qué ocurrió (*what*); a quién le ocurrió (*who*); dónde ocurrió (*where*); cuándo ocurrió (*when*); cómo ocurrió (*how*); y por qué ocurrió (*why*). Son las preguntas a las que debe responder el reportero o la investigación policial para satisfacer la sed de información del público.

Y hay preguntas comerciales: “¿Todavía no adquiriste la tarjeta NN?”; “¿Cuál es el banco que te ofrece los mejores beneficios?”; “¿Dónde encontrar los mejores hoteles para tu viaje?”; “¿Ya probaste el sabor de...?”; “¿Por qué seguir pagando más si podés pagar menos con...?”.

Y, ampliando el panorama y mirando otros ámbitos de nuestra vida, descubrimos preguntas científicas, médicas, legales, burocráticas, académicas, históricas, filosóficas, religiosas, vitales, etc.

Un buen ejercicio puede ser, en este momento, detener la lectura y tratar de enumerar algunas preguntas de cada una de estas categorías. ¿Te animás?

Cada uno de estos tipos de preguntas merecería un comentario aparte, una serie de explicaciones de las mismas. Pero, de alguna manera y sin entrar en otros comentarios, es claro que las preguntas de cada uno de esos ámbitos reflejan el horizonte de búsqueda e interrogación de toda nuestra vida.

Qué dicen las preguntas de nosotros

- Ante todo, que somos “seres incompletos, inacabados, precarios”. Seres que buscan y preguntan. Seres que, cuando se abren al mundo, descubren que no conocen, que la realidad les sorprende, que no saben qué quieren decir la mayoría de las cosas que observan o suceden a su alrededor. Y, por eso, preguntamos. Esta característica, tan llamativa y emotiva en los pequeños, nunca nos abandona. Vamos creciendo y seguimos preguntando, seguimos inquiriendo, seguimos buscando respuestas a infinidad de preguntas que nos asaltan todos los días. Necesitamos saber para vivir, necesitamos preguntar para crecer y alcanzar un mínimo de seguridad frente a la realidad y a los otros.

Es cierto que no todas nuestras preguntas tienen ese sello de necesidad vital; también hay preguntas simplemente curiosas, preguntas intrascendentes, preguntas inútiles. Pero un sencillo repaso de nuestras conversaciones, de nuestro ingreso a determinados ámbitos laborales o sociales, de la ampliación progresiva de nuestro horizonte informativo, vuelve a ratificar esta característica de nuestra vida.

A esta característica de nuestra condición humana responde, en cierta medida, la educación: dotarnos de las respuestas necesarias a aspectos elementales de nuestro desarrollo. Pero no solo enseñarnos a leer y escribir, a sumar y restar, sino tam-

bién explicarnos el sentido de las muchas palabras que no conocemos, ilustrarnos sobre aspectos elementales de la naturaleza y la vida, darnos datos elementales de geografía o de historia. A veces, respondiendo a preguntas concretas que vamos formulando, y otras adelantándose a ellas o formulándolas para ver cuál es nuestra reacción. Y también ayudándonos a pensar preguntas nuevas.

Y, al hablar de este tema, surgen preguntas sobre la educación misma. ¿Educación de respuestas incuestionables, o educación de preguntas que inviten a pensar? ¿Educación para formar personas sumisas y dóciles, o educación para suscitar personas críticas y creativas? ¿Educación para lograr artesanos de la productividad que se incorporen al sistema, o educación para formar personas libres y comprometidas que intenten cambiar el sistema?

- En estrecha vinculación con lo anterior, pero con matices nuevos, nuestras preguntas dicen “que somos seres en relación con los demás, con nosotros mismos, con la naturaleza y con Dios”. Nuestra existencia nace de una relación y se desarrolla permanentemente en un juego complejo de relaciones.

“Mis relaciones con los demás”: ante todo, mi familia y mi posición en ella, mis amigos, mi entorno social y laboral, mi pertenencia a una comunidad mayor, nacional o religiosa..., todo es y se vive permanentemente como un juego de relaciones. Es más, no nos llegamos a entender verdaderamente hasta que no nos definimos en relación a los demás. Un autor ha llegado a decir: “No soy realmente «yo» hasta que no puedo decir «tú»”.

Y todas esas relaciones se viven habitualmente en un juego de preguntas y respuestas, expresadas muchas veces con palabras y otras manifestadas a través de las variantes de nuestro lenguaje no verbal, nuestras miradas y nuestros silencios, nuestras presencias y ausencias.

Porque mi relacionalidad constitutiva no es un mero “estar al lado de”, “vivir junto a”, sin implicaciones o consecuencias. Es un estado permanente de necesidad que se expresa vitalmente preguntando. Yo pregunto, las personas que me rodean me preguntan; yo respondo, ellos y ellas me responden. Preguntas claras o confusas, preguntas ingenuas, obvias o profundas; respuestas satisfactorias o no, clarificadoras o confusas, evasivas, irónicas o agresivas. Preguntas y respuestas que suscitan, muchas veces, una nueva serie de preguntas y respuestas.

Desde mi posición personal y mi relación permanente con los demás, vivo comparándome y preguntándome por mí y por ellos y ellas. Y de mis respuestas a estas preguntas interiores surgen la satisfacción o la insatisfacción, la envidia o el respeto, la afirmación de mi personalidad o los complejos, el deseo de profundizar la relación o la tendencia al aislamiento.

Cuando pregunto, acepto la presencia del otro, le doy entidad e importancia, lo hago partícipe de mi propia identidad, le doy permiso para acercarse, genero un puente. A veces, a través de las preguntas, surgen los vínculos más profundos. ¿Cómo empezó mi relación de pareja? ¿Qué preguntas fueron las primeras que nos hicimos? Y con mis amigos y amigas, ¿qué fue lo primero que quise conocer? ¿Me dejo interpelar? ¿Me atrevo al desafío? ¿Le temo a las preguntas? ¿Yo pregunto? ¿De qué modo? ¿Soy indiscreto o pregunto desde el respeto por el otro? Cuando pregunto, ¿soy consciente de la responsabilidad que importa preguntar?, ¿sé las consecuencias de involucrarme en la interioridad del otro y acompaño la búsqueda del otro al cual cuestioné con mi pregunta?, ¿pregunto por curiosidad, o lo hago con la intención de mostrarme superior, o para poner en evidencia las pobreza del otro?...

“Mi relación conmigo mismo”: sí, aunque de entrada sorprenda un poco la afirmación, vivo en relación permanente conmigo mismo. Soy responsable y testigo de mis decisiones; soy consciente de mis sentimientos e imaginaciones; me doy cuenta de mis reacciones interiores frente a personas o acontecimientos. Y frente a cada una de estas realidades personales, muchas veces surgen en mí preguntas: ¿por qué dije lo que dije?; ¿por qué no me callé?; ¿por qué no luché contra este defecto que me perjudica?; ¿por qué no me animo a hablar con tal persona?; ¿por qué no soy capaz de dominar mi temperamento impulsivo?; ¿por qué soy tan arriesgado (o tan cobarde)?; ¿por qué disimulo o miento cuando me preguntan sobre tal tema?...

Las preguntas podrían seguir. Cada uno de nosotros puede hacer su propia lista. Nos podemos preguntar de dónde provienen estas preguntas tan personales sobre nosotros mismos. Una primera respuesta apunta a una de las facultades que nos caracterizan como seres humanos: “la consciencia”. Ser consciente es darse cuenta, percibir, captar mi realidad y la realidad que me circunda. Soy consciente de mi vida y de mi mundo interior, como soy consciente de la realidad, de las personas que me rodean o del estado del tiempo. Y de esa consciencia personal, cuando se refiere a mí mismo, surgen sentimientos y preguntas.

La segunda respuesta apunta a otra de nuestras facultades distintivas como personas: “la conciencia moral”. Sí, “ser consciente” es una cosa; “tener conciencia moral” es otra. La conciencia moral es la facultad que me señala si lo que estoy pensando o haciendo es bueno o es malo. Es una luz y un imperativo interior que me recuerda: “Haz el bien y evita el mal”. Todos tenemos un sentido casi innato del bien y el mal, de lo que me hace crecer y madurar, o me perjudica y esclaviza. Sentido moral que se va desarrollando con el tiempo y que es influido por la educación y las costumbres sociales. Esa conciencia moral también me ilumina o reprende, me felicita o denuncia. Y lo hace muchas veces en forma de pregunta, reproche o llamado a la reflexión.

“Mi relación con la naturaleza” también se vive en un horizonte de preguntas no formuladas verbalmente, pero sentidas hondamente. No solo las preguntas ante fenómenos naturales que desconocemos, sino los interrogantes ante la inmensidad de un universo que nos sorprende y nos supera haciéndonos sentir insignificantes. La contemplación de una noche de estrellas, el sorprendente oleaje del mar, la maravilla de los colores de las flores, la admiración ante la complejidad del cerebro humano, el misterio de la gestación de la vida y del crecimiento de la criatura en el seno de la madre..., todo ello y tantos otros secretos de la naturaleza nos siguen sorprendiendo y provocando preguntas íntimas y silenciosas. Por ejemplo, hoy me entretuve un rato contemplando a unas hormigas que cargaban con trozos de hojitas mucho más voluminosos que ellas y preguntándome cómo hacían.

Y el deterioro de esa naturaleza, provocado por la ambición humana y el desprecio ante el necesario equilibrio ecológico, también suscitan preguntas que no siempre encuentran ámbitos serenos para ser tratadas buscando caminos de solución. Y me provocan una pregunta fundamental: ¿me doy cuenta del daño que le estamos haciendo a la madre Tierra y a tantos hombres y mujeres que vivimos en y de ella? Y, si lo sé, ¿qué estoy haciendo para enfrentarme a ello y luchar por una ecología integral?

Por último, para los que tenemos fe, “nuestra relación con Dios”. También marcada por un sinfín de interrogantes. En cada una de las etapas de nuestro itinerario religioso espiritual surgen preguntas. Desde las necesarias e inevitables preguntas del niño que quiere que le expliquen mejor las “historias de catequesis” hasta las preguntas hondas del adulto que quiere conocer quién es Dios, cómo es Dios, por qué Dios actúa o deja de actuar. Desde las preguntas del que se va introduciendo en el fascinante mundo de la Biblia hasta las preguntas desgarradoras sobre el misterio del dolor y de la muerte. Desde las preguntas de los adolescentes que se vuelven críticos a la fe hasta las preguntas en la intimidad de la oración contemplativa.

Dios es –debe ser– un interrogante permanente para quien se abre al horizonte de esa trascendencia desconocida que nos supera infinitamente, nos envuelve y nos desconcierta. Solo preguntando sobre Dios, aprendemos a conocer a Dios. Y todas estas preguntas se multiplican y se abren en abanico según nuestra pertenencia a una tradición religiosa u otra. Y van encontrando respuestas más o menos satisfactorias. Es más, comprobamos que muchas de estas tradiciones religiosas impiden las preguntas, las desaconsejan, desconfían de ellas. Es mucho mejor tener fieles que aceptan todo, que no cuestionan nada y obedecen, que aceptar creyentes que cuestionan en nombre del mismo Dios deformaciones de la vivencia religiosa, de la moral o de las mismas celebraciones.

- Nuestras preguntas demuestran también “que somos seres históricos, en proceso de desarrollo y maduración”, que necesitan metas, indicadores, respuestas clarificadoras. Nuestra historia personal se va tejiendo a través de un proceso de interrogantes y expectativas, de indicaciones externas, normas sociales y costumbres que nos van haciendo avanzar, con aciertos y errores, éxitos y frustraciones, hacia etapas posteriores de nuestra andadura vital. Y, en todo este proceso, las preguntas están presentes, necesarias, acuciantes, reveladoras de que queremos avanzar y crecer con claridad y positividad. Y se viven en un contraste permanente entre lo que aspiramos a conseguir –salud, fortaleza, identidad personal, seguridad, felicidad...– y lo que otros intentan hacernos vivir desde su amor hacia nosotros o su afán de dominarnos. Y se formulan con ingenuidad o profundidad, con sinceridad o desconfianza, con rebeldía o sumisión.

En cada etapa de nuestro crecimiento, nuestras preguntas hablan de cómo somos, qué queremos o qué nos hace dudar. Desde el simpático “¿Por qué tengo que bañarme?” del niño hasta los rebeldes “¿Por qué tengo que volver a esa hora a casa?” o “¿Por qué tengo que estudiar?” del adolescente. Y se van sucediendo otras preguntas a lo largo de la vida: “¿Por qué elegí esta carrera que no me gusta?”; “¿Por qué sigo saliendo con esta chica si no estoy enamorado de ella?”; “¿Me conviene este trabajo en el que gano tan poco?”; “¿No necesitamos cambiar de casa?”; “¿Me opero o no me opero?”; “¿Nos animamos a tener otro hijo?”; “¿Por qué mis hijos no vienen ya a visitarme?”; “¿Qué sentido tiene vivir si me siento tan inútil?”...

Hay preguntas que nos hicimos en un momento de nuestra vida y que encontraron una respuesta posterior, o que no volvimos a hacernos nunca más. Y otras preguntas que se reiteran a lo largo de nuestra vida. Algunas porque aún no las hemos contestado o no hemos hallado respuesta que nos satisfaga, otras se repiten porque con el correr de la vida surgen de nuevo con planteamientos nuevos. Suelen ser preguntas vitales, profundas, desafiantes. Y hay preguntas cuya respuesta no es una solución, sino más bien la actitud que adoptamos frente a ellas. Actitud de cansancio, renuncia, frustración. O de búsqueda, de tesón, de esperanza...

- Por último, nuestras preguntas demuestran “que somos seres en búsqueda del sentido de nuestra vida”. Cuando vamos adquiriendo una mayor cuota de conocimiento de la realidad, cuando la vida misma nos ha sorprendido o golpeado, van surgiendo preguntas hondas, muy vitales, que nos desafían y nos movilizan. Preguntas sobre la vida y la muerte, el trabajo y el amor, la felicidad y la desgracia, el bien y el mal, la justicia o la injusticia, la libertad o la dependencia. No podemos evitarlas. Se instalan en lo más profundo del corazón y la conciencia, nos quitan a menudo el sueño, aparecen a veces en nuestros círculos íntimos de

confidencias y diálogo. La sociedad, los medios de comunicación, los instrumentos de propaganda y las ofertas de consumo intentan responder a ellas y nos seducen y confunden con propuestas atractivas que prometen salud, bienestar y felicidad a bajo precio.

Pero ahí están, necesarias, inevitables. Determinados acontecimientos de nuestra vida, como un fracaso laboral, un desengaño amoroso, una enfermedad grave, la pérdida de un ser querido vuelven a traerlas a la superficie y vuelven a plantearse con toda su crudeza: ¿por qué y para qué vivo?, ¿qué es ser feliz?, ¿cómo es posible tanta injusticia y tanto sufrimiento?, ¿por qué nos equivocamos tanto?, ¿valen la pena tantos sacrificios para tan pocos logros?, ¿por qué la muerte?, ¿hay algo después de esta vida?

¡Qué importante es tratar de ir encontrando respuestas a estas preguntas esenciales de nuestra vida! Nuestra propia experiencia de logros o fracasos, el diálogo profundo con otras personas, determinados esquemas ideológicos de interpretación, nuestra misma fe nos van ayudando en esta búsqueda en la que está en juego nuestra felicidad y el sentido profundo de nuestra existencia. No podemos renunciar a ello, aunque el trabajo sea arduo y los resultados nos parezcan muchas veces insuficientes. Tenemos que seguir preguntando, buscar sentido preguntando, ir alcanzando la madurez y la felicidad preguntando.

Conclusión sobre las preguntas en nuestra vida

Decálogo del buen preguntón:

- Sigamos preguntando para seguir aprendiendo.
- Pensemos antes de preguntar: evitemos las preguntas inconvenientes u obvias.
- Preguntemos con respeto e interés a nuestros amigos y seres queridos para conocerlos mejor.
- No nos conformemos con respuestas triviales: sigamos buscando y preguntando.
- Dejemos que las preguntas vitales se instalen en nuestra vida y busquemos las respuestas.
- Preguntemos mucho a Dios y sobre Dios.
- No nos sintamos incómodos o molestos por las preguntas sinceras que nos hagan.
- Preguntemonos por qué no sabemos lo que deberíamos saber.
- Busquemos en la lectura, el diálogo y la naturaleza la respuesta a muchas de nuestras preguntas.
- Solo preguntando y preguntándonos iremos creciendo en madurez y libertad.

ÍNDICE

Prefacio	3
Introducción	5
1. LAS PREGUNTAS EN NUESTRA VIDA	
Somos seres que preguntan	7
Qué dicen en las preguntas de nosotros	9
Conclusión sobre las preguntas en nuestra vida	14
2. LAS PREGUNTAS DE JESÚS: PRESENTACIÓN SISTEMÁTICA	
Acercarnos a Jesús	15
Introducción sobre características de los cuatro evangelios	16
Las preguntas de Mateo y sus paralelos en Marcos y Lucas	18
Las preguntas exclusivas de Mateo	26
Las preguntas exclusivas de Marcos	27
Las preguntas exclusivas de Lucas y Hechos	28
Preguntas de Jesús en el Evangelio de Juan	32
3. ¿QUÉ JESÚS MUESTRAN SUS PREGUNTAS?	
Personalidad y actitudes	37
4. LOS DESTINATARIOS DE LAS PREGUNTAS DE JESÚS	
Las preguntas de Jesús según los destinatarios	41
Preguntas a los discípulos	42
Preguntas a las autoridades y grupos religiosos judíos	46
Preguntas a los enfermos	55
Preguntas al pueblo	58
Preguntas a José y María	61
Preguntas a su Padre del cielo	63

5. LAS PREGUNTAS DE JESÚS MÁS SIGNIFICATIVAS	
Selección de preguntas de Jesús para reflexionar.....	65
6. REFLEXIÓN SOBRE LAS PREGUNTAS DE JESÚS	
Las preguntas de Jesús y el sentido de la Encarnación.....	105
Las preguntas de Jesús y su pedagogía	108
Las preguntas de Jesús y el sentido dialogal de la fe	112
7. LAS PREGUNTAS DE JESÚS A NOSOTROS HOY	
Una encuesta sobre las preguntas	117
APÉNDICE	
Las preguntas de Jesús en el evangelio de Mateo y Paralelos	125
PALABRAS FINALES.....	139
BIBLIOGRAFÍA.....	141

Este libro nos permite acercarnos a la apasionante persona de Jesús desde la perspectiva de sus preguntas; tratar de comprender qué dicen las preguntas de Jesús sobre él mismo y sus actitudes; descubrirlo más y mejor analizando a quiénes preguntaba y qué preguntaba; conocerlo mejor para amarlo más y seguirlo con más fidelidad.

Aceptar las preguntas de Jesús provoca en nosotros un estado de ánimo rico y complejo. Por una parte sacude nuestras débiles seguridades, nuestra manera superficial de leer e interpretar el Evangelio... Nos hace más atentos y más abiertos, más humildes y más dispuestos a escuchar y aprender.

Pero al mismo tiempo nos moviliza, nos desafía, nos interpela... Nos obliga a plantearnos en serio sus preguntas y a intentar comenzar a responderlas; a presentarle a Jesús nuestras dudas y nuestras propias preguntas sobre él mismo y su Mensaje; a seguir profundizando más y más en el sublime conocimiento del Señor. Responder preguntando y preguntar respondiendo...



1 8 9 3 1 8

